

Fecha: 25/02/11

Sección: Opinión

Página: 5



LA CIUDAD TRANSFORMADA

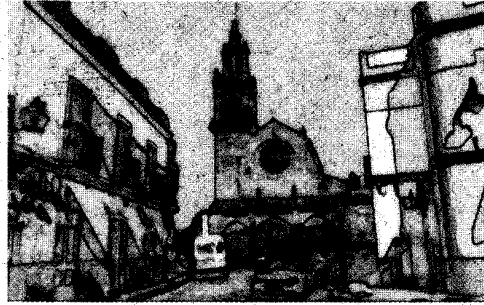


DESIDERIO Vaquerizo*

El final del Imperio Romano vino acompañado por cambios extraordinariamente significativos en la fisonomía de los conjuntos urbanos, que hasta sólo unas décadas antes habían sido centro de la vida ciudadana y escenario privilegiado de obras sociales y representación ideológica. Variables nuevas, como el agotamiento de las estructuras políticas y los valores morales, la fortísima crisis económica, el peso del campo, las primeras invasiones o la expansión del Cristianismo, llevan a un cambio determinante en la identidad de las elites, de componente eclesialístico, que centran sus prioridades en alumbrar un nuevo concepto de ciudad regida por la religión y el culto a los mártires, al tiempo que empiezan a disputar parcelas de gobierno al poder temporal, también ya cristianizado. Se reutilizan así muchos de los espacios y edificios previos con fines absolutamente distintos a los que en su momento los justificaron; se modifican o se construyen otros al

servicio de las nuevas exigencias de la imagen urbana; o se acumulan *spolia* y *disiecta membra* (restos especialmente significativos de la época clásica: capiteles, columnas, obras de arte...) como elementos de prestigio, al tiempo que numerosos monumentos son convertidos en cantera y buena parte de las imágenes del viejo paganismo desaparecen fundidas en hornos de cal y de bronce, o caen bajo la piqueta de la nueva religión, obsesionada en borrar cualquier huella que pudiera recordar un pasado del que, paradójicamente, ella misma era fruto. Y en medio de este panorama un tanto convulso que anuncia ya la Edad Media la población de base, muy empobrecida, reaprovecha los antiguos ámbitos ciudadanos o se instala directamente sobre las ruinas, arrastrando muchas veces consigo a sus muertos, que rompen la barrera de la antigua muralla (hasta entonces, límite legal y simbólico entre la vida y la muerte) para adueñarse progresivamente del intramuros, en un anuncio algo precoz de la costumbre posterior -mantenida ya sin solución de continuidad por la comunidad de fieles hasta bien avanzado el siglo XIX- de enterrar en y junto a las iglesias.

Se sientan ahora las bases de un



"Son ya varias las tesis doctorales que desde la Universidad de Córdoba abordan la cristianización de la urbe, las transformaciones de su fisonomía, o los vaivenes de su cerca muraria"

mundo sin precedentes, que en el sur se vería sacudido sólo unos siglos más tarde por la llegada de los musulmanes. Sin embargo, de la Meseta para arriba los reinos cristianos potencian este nuevo carácter, fijando así los parámetros definitivos de los siglos medievales: una vida marcada por el feudalismo, la espiritualidad y el binomio indisoluble y aterrador del pecado/castigo, que cuenta entre sus mejores activos con la eclosión de nuevos estilos arquitectónicos directamente relacio-

nados con la religión, y la conservación de buena parte del legado intelectual de la humanidad en los cada vez más numerosos y activos monasterios. Una etapa, en definitiva, de enorme trascendencia, que en Córdoba conocemos muy mal debido al desinterés tradicional de la comunidad investigadora, la evanescencia de las fuentes, la falta de excavaciones, la destrucción secular de los restos, o la escasa concreción de la información disponible. Y, en cambio, es mucho lo que puede

aportarnos, por cuanto comenzamos a saber que ni siquiera en estos siglos "oscuros", dominados por el nuevo poder visigodo, Córdoba perdió su carácter de ciudad, dotándose de un paisaje urbano en el que priman las iglesias, los palacios, los cenobios y las tumbas. De todo ello dan cuenta algunas intervenciones recientes en el Patio de Mujeres del Alcázar de los Reyes Cristianos, el entorno de la Mezquita y el puente, o el anfiteatro, objeto de publicaciones importantes que comienzan a atraer la atención internacional también sobre este período de nuestra historia. Por eso, son ya varias las tesis doctorales que desde la Universidad de Córdoba abordan la cristianización de la urbe, las transformaciones de su fisonomía, o los vaivenes de su cerca muraria.

De nuevo, pues, Córdoba como paradigma, ejemplo inigualable de ciudad superpuesta que ha sabido nutrirse de sí misma para continuar, imparabile, su discurso en la historia. Algo que supieron comprender a la perfección las generaciones anteriores a la nuestra, pero que no estoy muy seguro de que hayamos entendido nosotros. Es lícito que la ciudad se reinvente de cara al futuro, que busque nuevas señas de identidad que la identifiquen más allá de nuestras fronteras, pero habrán de pasar muchas generaciones antes de que cualquiera de estos intentos le haga siquiera sombra al peso incontestable de su pasado. Por mi parte, estoy en pleno desacuerdo con las voces que defienden la idea de que Córdoba debe aligerar su equipaje para avanzar más deprisa. Es más: su desarrollo a día de hoy sería infinitamente superior si hubiera aceptado hace décadas la potencialidad sin límites de su acervo patrimonial, en sentido amplio; pero para ello tendría que haber contado con más apoyo por parte de todas las instancias sociales, incluida su ciudadanía. Es hora, por tanto, de aprender del pasado, evitando caer, una y otra vez, en los mismos errores. ■

* Catedrático de Arqueología. UCO